

PABLO BRESCIA Y OSWALDO ESTRADA (EDS.) (2018), *McCrack: McONDO, EL CRACK Y LOS DESTINOS DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA*, VALENCIA, ALBATROS EDICIONES, 270 P.

En 1996, dos manifestaciones literarias sucedieron en Chile y en México. En el primero, se presentó la antología de cuentos *McOndo*, publicada dos años atrás en la editorial Mondadori por Sergio Gómez y Alberto Fuguet; en el segundo, un grupo de escritores —Ricardo Chávez Castañeda, Ignacio Padilla, Pedro Ángel Palou, Jorge Volpi y Eloy Urroz— leyeron el “Manifiesto Crack”, el cual publicarían un año después en una revista literaria. Ambos sucesos, aunque en territorios distintos, coinciden en puntos acerca de la estética y creación literarias. El libro *McCrack: McOndo, el Crack y los destinos de la literatura latinoamericana* (2018), con Pablo Brescia y Oswaldo Estrada como editores, da cuenta de los acontecimientos mencionados a través de una introducción y cinco secciones con diecisiete textos, escritos por diversos académicos y algunos literatos que estuvieron relacionados con McOndo o con el Crack. La obra fue producto del coloquio *Our America? Past and Future of the New Latin American Fiction*.

En la introducción de *McCrack*, los editores califican de gestos poéticos y políticos tanto a la antología como al manifiesto. Uno y otro dejaron marcas en la posterior escritura latinoamericana de finales del siglo pasado. También se hace una valoración de las investigaciones sobre McOndo y el Crack realizadas en los últimos veinte años, y se mencionan otras antologías importantes, como *Líneas aéreas* (1999), *Se habla español* (2000), *Palabra de América* (2003) y *Crack. Instrucciones de uso* (2004), entre otras. Por último, se definen las intenciones del libro: investigar los fenómenos en conjunto, reunir la opinión de especialistas sobre el tema y reflexionar críticamente acerca de McOndo y el Crack.

La primera sección contiene textos de cuatro escritores: Edmundo Paz Soldán, Pedro Ángel Palou, Naief Yehya y Cristina Rivera Garza. Paz Soldán habla de la experiencia que tuvo al participar en *McOndo* y de cómo ello lo perfiló ante los lectores y la crítica como un escritor apegado a la estética

mcondista. Aunque, después de este fogueo y de participar como editor en *Se habla español*, Paz Soldán concluye que las antologías modificaron la literatura latinoamericana y la hicieron más flexible ante los cambios que vinieron después con las nuevas tecnologías, los grupos editoriales, los compromisos sociales y políticos, etcétera. Por su parte, Ángel Palou habla del pasado del Crack; de la manera en la que los integrantes han cambiado; de cómo el manifiesto y las novelas que publicaron rompieron con cierta tendencia editorial mexicana, y de cómo ello abrió un cosmopolitismo renovado, lejos de la caracterización exótica de la literatura latinoamericana. Después de hacer el resumen de un nuevo manifiesto, recuerda al fallecido escritor Ignacio Padilla. Yehya escribe, en su ensayo sobre la situación política de la década de 1980, sobre las revistas que existían antes del acontecimiento crackiano, como *Mobo* —fundada por él y Guillermo Fadanelli— o *La Guillotina*, y de cómo ve al Crack de una manera ambigua. Apunta que, junto con Fadanelli, habían empezado a atacar ese *establishment* de escritores antes de que lo hiciera el Crack. Así, gracias al apoyo de Huberto Batis, publicaron, en 1989, el ensayo “La literatura a la que estamos condenados”, donde criticaban a ciertos literatos consagrados. Recuenta también su participación en las antologías de *McOndo* y *Líneas aéreas*. Por último, Rivera Garza profundiza sobre lo que significa ser un escritor latinoamericano desde las estrategias de producción y distribución textual. Gracias al concepto *planetariedad*, a la epistemología “ch’ixi” —es decir, de la conciencia fronteriza—, y al análisis del cruce de fronteras entre Latinoamérica y Estados Unidos, enfatiza que la creación de los autores que viven en estos límites tiene huellas voluntarias o involuntarias del intercambio entre dos lenguas. Esto hace pensar a Rivera Garza que la comprensión de aquellos escritores va más allá del campo académico. Por ello, habla sobre los programas educativos que han surgido en Estados Unidos.

La sección dos abre con un artículo de Eduardo Becerra, quien revisa el pasado y el presente de *McOndo* y el Crack, y lo hace a través de doce puntos. En conjunto, estos fenómenos representaron la literatura de la década de 1990. Por supuesto, fueron focos de atención importantes, pero no la totalidad de los escritores de la época. Los que se acompañaban a las ideas y estéticas

de estos movimientos están relacionados con la dialéctica entre lo local y lo global, el rechazo y continuación del pasado, el reconocimiento o desprecio de calificar su literatura como latinoamericana. Becerra también describe a los escritores que construyeron grandes relatos sobre Latinoamérica, como fue el caso de Roberto Bolaño, y el efecto que se produjo de rompimiento con la tradición por medio de una poética e imaginario propios. Finaliza con el regreso de algunos escritores al tema latinoamericano y cómo en el presente de la literatura hay propuestas cruzadas e imaginarios enfrentados.

Continúa la sección con un artículo donde Jorge Fornet critica varias de las concepciones que se tienen acerca de la literatura catalogada como *latinoamericana* y pone en tela de juicio la suposición que desliga a McOndo y al Crack —y a otros escritores afines a estas tendencias— del pasado del Boom, del compromiso político y de la localidad en su temática narrativa. Según Fornet, estos supuestos deben ser matizados. En efecto, los escritores relacionados con los fenómenos fueron reconocidos como los “nuevos narradores latinoamericanos”, y lograron que la crítica y el mercado editorial volvieran a prestar atención a lo latinoamericano. Pero ello no significa que no heredaran algunas características de lo que fue el mayor reconocimiento de la literatura latinoamericana: el Boom, o que hayan estado ajenos a los cambios del panorama político. Muchos de los participantes del Crack o McOndo cambiaron sus ideas y se volvieron más críticos.

Continúa Tomás Regalado López con el grupo Crack y los cruces con la crítica. A través de Pierre Bourdieu, muestra cómo fue legitimado este movimiento, y la función de la crítica como instancia mediadora para cambiar los paradigmas del campo literario latinoamericano de finales del siglo xx y principios del xxi. El artículo expone la manera en la que el Crack pudo ganar un lugar en la literatura mexicana. También señala que el reconocimiento de las características del grupo hecho por algunos críticos, a pesar de las detracciones de escritores contemporáneos y de otros críticos, marcó la diferencia del Crack ante el campo literario. Regalado explica que la lectura del manifiesto es el inicio de la lucha ante el campo hegemónico que dominaba en la década de 1990: el realismo mágico o, como los crackistas lo llamaron, “magiquísimo trágico”. Si bien las opiniones sobre el Crack fueron positivas y negativas, obtuvo aprobación en la literatura mexicana e internacional gracias a la mediación del debate crítico.

Esta parte cierra con un artículo del académico Wilfrido H. Corral, quien, a través del concepto de *literatura menor* propuesto por Gilles Deleuze y Félix Guattari —aunque matizado como *literatura pequeña*— examina a dos escritores ecuatorianos: Diego Cornejo Menacho y Carlos Arcos Cabrera. Con esta aproximación a la literatura, H. Corral trata de desmontar cómo se marcan las genealogías en la tradición literaria y la manera en la que algunos autores tratan de establecer su propia tradición o, en ciertos casos, autopromoverse como los herederos de tal o cual corriente literaria, de tal o cual estética o de tal o cual escritor. De este modo, es un artículo que examina cómo los de McOndo y los del Crack han planteado cierta estética que proclama hacer una gran narrativa, pero que al final no conjuga adecuadamente la ficción y la realidad, de tal modo que no excluyen lo local en favor de la temática mundialista. En cambio, los ejemplos de las obras de Cornejo y de Arcos dan cuenta de ello.

El texto siguiente, a cargo de Rita de Maeseneer, con el que comienza la tercera parte de *McCrack*, discurre sobre la narrativa hispanocaribeña de la que poco se habla cuando se piensa en McOndo y el Crack. La literatura de Cuba, República Dominicana y Puerto Rico es a la que menos se presta atención a la hora de valorar los fenómenos en cuestión. Esos fenómenos literarios pretendieron crear nuevos parámetros estéticos que —a pesar de que la autora está consciente de la generalización de su análisis— no cuadran con los ejemplos de los escritores y críticos que pertenecen a estas islas. La literatura de las regiones mencionadas está ligada a los discursos dominantes y al contexto revolucionario, nacionalista o identitario de cada isla, lo cual revela la imposibilidad de considerar en bloque a la literatura o a cualquier clasificación que se haga de ella de acuerdo con su geografía.

Complementa este análisis el siguiente artículo de Catalina Quesada-Gómez, el cual habla de la narrativa de Colombia que viene después de la publicación de la antología *McOndo*. Los autores que analiza son Pablo Montoya y Juan Cárdenas, quienes, con su estilo propio, se muestran diferentes del estereotipo de escritor latinoamericano y también se alejan de las ideas del libro editado por Gómez y Fuguet. En efecto, como evidencia Quesada-Gómez, la propuesta de *McOndo* en realidad describía el trabajo de un puñado de escritores, y eso la hace parcial ante algunos casos de la nueva narrativa colombiana, los cuales no se dejan llevar por las tendencias neoliberales del mercado editorial.

Oswaldo Estrada hace una revaloración de la idea anterior, la cual supone que en la estética de McOndo y el Crack no hay rasgo alguno de política y, en todo caso, que están de acuerdo con las tendencias gubernamentales durante las cuales aparecieron en la escena literaria: la globalización y el neoliberalismo. Sin embargo, señala cómo escritores en principio desligados de la política o con sus ficciones situadas en un mundo privado se desmarcan de estas características y escriben sobre la migración, la frontera mexicana, la marginalidad de los latinos en Estados Unidos; todo ello en coincidencia con el resquebrajamiento del espacio virtual que crea el imaginario de las fronteras físicas y metafóricas, y que hace repensar las barreras culturales y lingüísticas entre lo “latino” y lo “latinoamericano”. A partir de las publicaciones de Rivera Garza, Volpi, Ángel Palou y Paz Soldán, Estrada muestra la manera en la que cada uno, con su estilo, ha cuestionado las injusticias que se producen en este territorio límite entre México y Estados Unidos.

Para finalizar la tercera sección, Pablo Brescia evalúa cómo el espacio, real e imaginario, de Estados Unidos ha conformado la literatura hispánica. En este sentido, enfatiza la presencia de este país en el objeto llamado *literatura latinoamericana*, pues se pregunta por el lugar de producción de esta literatura: hacia o desde dónde se crea. Toma todo esto como ejemplo para analizar las herramientas conceptuales que se necesitan a la hora de investigar el fenómeno literario. Es importante, en todo caso, emprender la exploración para desentrañar el valor de las producciones en español a través del país estadounidense, con la finalidad de trazar una línea sobre el origen de los escritores, las migraciones y el imaginario o realidad que les proporciona.

La cuarta sección inicia con el artículo de Daniel Mesa Gancedo relativo a la ausencia de la figura del Che Guevara en la narrativa de los escritores de McOndo y del Crack. Si bien este personaje adquirió relevancia durante la década de 1990, Mesa considera a dos escritores que publicaron en ese mismo decenio y en el siguiente: Rubén Mira y Carlos Gamerro. Ellos toman como pretexto al Che para construir ficciones perturbadoras sobre el lugar y las posibilidades de la revolución en la sociedad contemporánea. Las narrativas de estos escritores sometieron la figura mítica del comandante a un trato ficcional intenso que escapa a las propuestas de relatos hispanoamericanos de cambio de siglo.

El texto de Ezequiel de Rosso habla sobre las novelas itinerantes, es decir, las de los escritores de McOndo y el Crack que, de acuerdo con sus propuestas

estéticas, tienden a ser cosmopolitas, o por lo menos poseen una voluntad de internacionalismo. Así, las novelas de los literatos de estos movimientos responden a cómo escribir un relato que dé cuenta de lo latinoamericano en un contexto global. De Rosso revisa textos de Mario Bellatín como *Lecciones para una liebre muerta* y de Hugo Chaparro Valderrama, *El museo itinerante de la señorita Schaff*, entre otros, que tienen una narrativa fragmentaria y son útiles para explicar la itinerancia de la narrativa mcondista y crackiana, la cual, concluye, postula una posibilidad para la identidad latinoamericana en un siglo global.

El artículo de Sara Booker explica las relaciones entre las traducciones de algunos autores, y cómo son promovidas las de escritores de habla hispana al inglés. Se apela a la relación amistosa o a la similitud con otros autores más conocidos, como es el caso de las de Bolaño. Aunque también puede percibirse que la traducción se hace porque alguna literatura oscila entre lo local y lo global.

El artículo de Ana Gallego Cuiñas aprovecha un concepto, por demás interesante, el de la *alfaguariización* de la literatura. Lo hace para desmontar el orden que siguen las promociones, publicidad, premios y mediación de los libros y los autores que hacen las grandes editoriales, en especial, Alfagura. Estudia lo anterior con rigor y lo hace con la novela *Sudor* de Fuguet, para ver cómo el escritor se legitima y autorrepresenta en esta lógica del mercado editorial.

McCrack termina con una entrevista hecha por Thomas Nulley-Valdés y Jonatán Martín. Los entrevistados son los mismos escritores que abrieron la primera parte del libro y ello lo hace un buen cierre, porque los mismos ensayistas aportan su opinión en conjunto. Convergen en que los movimientos sobre los que se ha reflexionado fueron un diagnóstico de la situación de Latinoamérica y del modo en el que el panorama literario se estaba moviendo después del Boom. Desde luego, la mayoría de ellos ven este diagnóstico desde la oposición centro-periferia y la manera en la que la migración y los temas fronterizos afectaron tanto su literatura como la de sus coterráneos. Pero también se agrega que algunos paradigmas literarios cambiaron, lo cual modificó las ideas de los lectores acerca de la literatura digna de leerse.

En general, el libro cumple con la revisión de las propuestas literarias y sin duda se volverá una obra indispensable para conocer la literatura latinoamericana actual. No obstante, hay algunas omisiones de autores y libros rela-

cionados con los fenómenos. Respecto a McOndo, falta el escritor Andrés Caicedo —al menos hacer un breve examen de este literato—, pues Fuguet es quien lo ha señalado como antecedente de McOndo en diversos escritos; en torno al Crack, no aparece Vicente Herrasti y, en general, no se estudia a todos los escritores más allá de Volpi y Palou. A mi parecer, un artículo sobre Padilla hubiera completado el libro. Igualmente lo habría enriquecido tomar en cuenta otros libros de este grupo de escritores, por ejemplo, *La generación de los enterradores*, que escribió Chávez Castañeda junto con Celso Santajuliana, donde juzgan a varios escritores de ese *establishment* que tanto se ataca.¹ A pesar de las omisiones antedichas, posiblemente debidas al origen del libro como coloquio, es una lectura sumamente recomendable.

HÉCTOR APARICIO
ORCID.ORG/0000-0001-8125-4210
Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Iztapalapa
h.r.aparicio.s@gmail.com

D. R. © Héctor Aparicio, Ciudad de México, julio-diciembre, 2019.

11 Agradezco la ayuda del poeta León Plascencia Ñol por estas referencias literarias.